

Capítulo II. La conciencia de ser.

II - 1. El camino hacia la naturaleza humana es la conciencia de ser.

El camino puede complicarse. Cada uno se encuentra legitimado a esperar una respuesta que salve sus convicciones filosóficas o religiosas, si es que las tiene, o su falta de ellas, si no las tiene. Para facilitar nuestra investigación y no extenderla demasiado, seguiremos el camino -ya acostumbrado por nosotros y al alcance de todos- de la experiencia psicológica del yo o de nuestra conciencia de ser.

El ser humano es el único animal consciente de su propio ser. Que lo somos, nos lo manifiesta abundantísimamente nuestra propia experiencia interior (todos somos capaces de actuar en cualquier momento la conciencia que tenemos de que *somos* o existimos, prescindiendo de más determinaciones), y lo manifiestan también el lenguaje y la convivencia, y nuestro movernos entre las cosas. Todos estos factores nos testifican que la existencia no se da en nosotros, los seres humanos, de una manera genérica o abstracta, sino que está circunscrita a un yo que se nos presenta como claramente distinto de todo lo que nos rodea, un yo idéntico siempre consigo mismo y opuesto a todo lo demás.

Opuesto, porque *es*. El vernos como *ser* hace que nuestra mirada sobre nosotros mismos abarque bajo un "sí" todo lo que somos y lo contraponga a todo lo demás, que queda encerrado en el "no": lo demás es lo que no somos. Esta oposición nace, pues, del contacto de la persona consigo misma, y obliga a la vez a esa persona, obliga al yo, a estar en contacto consigo mismo y saberse distinto de todo lo que le rodea. Con lo cual eso que le rodea, cada una de las cosas que no son yo y se oponen al yo, también ellas *son* y son con una determinada configuración de ser, con una esencia determinada merecedora de un nombre: son casa, árbol o club de fútbol. Este modo peculiar de ver el mundo, bajo el esquema de la oposición, la esencia y el lenguaje, es propio del hombre y no es participado por el animal. Es lo que queríamos significar cuando decíamos que el hombre es el único animal consciente de su propio ser.

II - 2. La conciencia de ser es la causa del habla.

Es decir, los demás animales no lo son, no son conscientes de su propio ser. Si lo fueran, darían de ello amplias muestras en el lenguaje y el modo de comportarse, como las damos los humanos. Quien tiene conciencia de su propio ser, la tiene también del ser y, en consecuencia habla: con lenguaje articulado, si es que tiene en su organismo algún instrumento capaz de producir signos diferenciados y

opuestos que signifiquen diversas determinaciones del ser; o habla por directa comunicación de espíritu a espíritu, si se trata de seres puramente espirituales. El lenguaje no es más que la traducción en signos y símbolos del contacto personal con el ser, sus determinaciones esenciales y categoriales y con sus oposiciones. Sin introducirnos en el tema, que sería demasiado extenso, obsérvese cómo el lenguaje como sistema está basado en el concepto de oposición, y toda oposición se reduce en última instancia a la que media entre el ser y el no-ser, la oposición "ser / no--ser."

El ser, esa palabra tan corta y de contenido abstracto, si alguno, inepta para suscitar ninguna imagen asible por la imaginación, evocadora de no sé qué misterios oscuros de las cosas o quizás de un como ámbito universal en el que las cosas se encontrarían, es, si bien se mira, el concepto más preñado de sentido y contenido que tiene la mente humana. En el concepto de ser, gracias a su confuso contorno, están incluidos los conceptos de todas las cosas, situaciones y perfecciones, aunque sean infinitas e infinitamente variadas. Por eso quien está abierto al ser lo está también a todas ellas y goza de una constante novedad y de una consecuente necesidad de expresarla. Por eso el lenguaje es la primera respuesta del ser personal a su experiencia del ser, y quien goza de ella posee necesariamente un lenguaje y una abundantísima comunicación. Por eso, si los animales tuvieran conciencia de ser, seguro que nos lo hubieran dicho y hubieran establecido con nosotros una comunicación fluida y por ambas partes enriquecedora.

II - 3. Los animales tienen estimulidad, no conciencia de ser.

No la tienen, como tampoco tienen conciencia alguna de oposición al mundo en que viven. Ni pueden saber de ninguna oposición porque forman con ese mundo un todo continuo que les impide conocerlo de otra forma que como la fuente de los estímulos ciegos e incoercibles cuya continua sucesión forma su vida y la dirige.

Los animales carecen por completo de libertad. Todo lo que hacen lo hacen estrictamente, irresistiblemente determinados por los estímulos que reciben de las cosas del mundo exterior a ellos. Ni siquiera son capaces de reflexionar mínimamente y descubrir que su respuesta a los estímulos no es más que eso, una respuesta: una respuesta que nace de disposiciones internas suyas que son movidas a reaccionar de determinada manera ante el estímulo. El animal no siente ninguna autoría subjetiva suya, ninguna "responsabilidad personal" en la producción de su respuesta a los estímulos, La acción de estos está localizada exclusivamente en la cosa exterior que los emite. Se lanza contra su rival porque experimenta que de él y solo de él brota la corriente de odio que le embarga.

En el interior del animal no cabe capacidad alguna de dominio sobre la inclinación de su querer. No tiene la más mínima capacidad de elección, ni, por lo tanto, de optar por el mal.

La carencia de libertad del animal no es circunstancial -como lo es por ejemplo la nuestra durante el sueño- sino radical y constitutiva. No existe en el animal la fuente de la libertad, que es la conciencia de su propio ser. Ahí está la diferencia radical entre ambos seres. Funcionar por estímulos y no por motivos es general en la infancia y no falta en los adultos. Y responsabilizar de nuestro odio exclusivamente a la persona odiada es, por desgracia más frecuente de lo que quisiéramos. Pero se trata de defectos de funcionamiento, no de constitución. La libertad se nos resiente en su ejercicio práctico, pero está constitutivamente presente en la voluntad y en la conciencia de ser.

II - 4. Una experiencia de la libertad humana como dominio sobre el ser.

Interesa patentizar la naturaleza animal para que el contraste nos ayude a clarificar más la humana. Digamos, pues, que así como el núcleo de la naturaleza animal está en el determinismo de su estimulabilidad, es decir, en ese formar bloque compacto con el mundo y carecer radicalmente de libertad, el núcleo de la naturaleza humana está en la libertad, no la libertad de que disfrutamos en el ejercicio de algunas de nuestras opciones, la libertad de elección, sino la libertad radical de que goza el espíritu que es consciente de su propio ser y se encuentra, por lo tanto, en situación de dominio sobre el ser.

Debemos recalcar que nos referimos a la situación de nuestro yo en un momento previo al de la elección y la actuación. Ese momento se puede convertir en vivencia sorprendiendo a nuestra propia voluntad cuando está en trance de emitir alguna elección concreta y descubriendo cómo en ese momento, todavía previo a la elección, *están en su mano* todas las posibles alternativas.

La experiencia se completa remontando la reflexión desde la voluntad al "yo". mismo Si este yo se encuentra libre de cargas afectivas que lo comprometan con algo concreto, aparece fácilmente como portador del propio ser. Nos lo podremos formular con la sencilla frase "yo soy". Pero ni siquiera es necesaria ninguna formulación. Basta con sentir al yo como una presencia desnuda y dominante: desnuda de toda carga afectiva o pasional que lo sotierre, y dominante sobre cualquier otra presencia interior que puedan traer la memoria o la imaginación. Este yo desnudo y dominante hecho presencia interior incluye inseparablemente su propio ser. Y es de hecho "yo soy".

Llegados a este punto, la experiencia de dominio sobre las posibles alternativas de la elección de nuestra voluntad queda transferida al yo, que domina sobre su propio ser y consecuentemente sobre el ser. La transferencia es fácil y no engañosa. Donde más resplandece el yo es en la voluntad. Y el dominio que ésta tiene sobre sus opciones es consecuencia del que tiene el yo sobre el ser.

Claramente se descubre que no se trata de un dominio creador que tenga en su mano la existencia y las leyes de las cosas. Es dominio de apertura y de amor, dominio que tiene, como manifestación inmediata y previa a cualquier actuación, la propia expresión afectiva y verbal de sí mismo.

Esta conciencia de su propio ser explica por qué la persona humana no está vinculada con el mundo ambiente con los lazos inquebrantables de la estimulación. Dominar el propio ser, abarcar el ser supone precisamente percibir la distinción y la distancia entre ese propio ser y el de las demás cosas. Estas, lo mismo que la propia persona, se presentan siendo desde sí mismas y para sí mismas, y por lo tanto, individuales e independientes. Y con ello queda la persona radicalmente desvinculada de las cosas, habitante consigo misma y libre.

II - 5. El gozo de la libertad y el del ejercicio de las facultades.

Esta experiencia de libertad radical, de dominio y posesión del propio ser es de las más gozosas que caben en la existencia humana. Es la experiencia que abre la puerta a las experiencias realmente gozosas de la vida, que son las realizadas en el mayor descompromiso con las facultades orgánicas por estar informadas por la positividad y presencia del espíritu.

El gozo inherente a la experiencia de libertad radical es estable y auténtico porque afecta a la persona en su ser básico, no en su tener o actuar. La experiencia que hemos descrito de él no lo produce, sólo lo pone de manifiesto. Por sí mismo es un gozo habitual e inamisible, ante el cual el gozo de la actuación placentera de las facultades palidece y se tambalea, incluso cuando va acompañado de la satisfacción de haber ejercido la libertad de elección

Esta última satisfacción –la del ejercicio de la libertad de elección– no difiere sustancialmente de cualquier otra de las satisfacciones que dependen del ejercicio de las facultades. No es que sean engañosas: para ejercitarse es para lo que están las facultades, y si no lo hicieran, no tendrían razón para existir y no existirían; el gozo en su ejercicio no es más que el descanso que proporciona al sujeto el experimentar cumplido en él un ciclo natural. Pero por pertenecer a la experiencia normal, suscitan expectativas que la imaginación agranda, disponiendo la frustración futura. La conciencia humana, por ser conciencia de ser, alberga en su seno, normalmente sólo subconsciente, tan honda esperanza del gozo pleno y estable, que no puede menos de proyectarla sobre cualquier expectativa parcial, agrandándola excesivamente: tan excesivamente que en el fondo, en el fondo inconfesado pero real que los seres humanos llevamos por la vida cargado de pretensiones de infinito, cualquier expectativa de satisfacción futura la hace a esta satisfacción ilimitada.

Por eso estas expectativas se convierten fácilmente en deseos ardientes que nos lanzan sin freno hacia el objeto que pensamos las ha de satisfacer. Así este objeto se convierte en un bien absoluto, asido con la crispación característica de los deseos de las pasiones sensitivas. Y como el entendimiento capta que no puede, sin que se resienta la nobleza de su ser, adorar y pretender como bien absoluto una satisfacción signada por el relativismo y la parcialidad de lo funcional, incapaz ya de

METAFÍSICA DEL HOMBRE Y DE LA CONVIVENCIA O EL SURGIMIENTO DEL ESPÍRITU HUMANO DE LA INTIMIDAD DEL SER.

frenar el ardor de su deseo, decreta su sacralidad, arbitrando y poniendo a su servicio una fundamentación filosófica que se inventa para el caso.

Triste contraste que, sin embargo, pone de relieve la existencia de un gozo sencillo y connatural que no necesita exaltar violentamente la nobleza de su objeto y motivo porque la persona humana ya de por sí, por su conciencia de ser, por su constitutiva apertura a todo lo que sea valor y riqueza, es capaz de un gozo cuyo nivel puede acercarse indefinidamente al de la pureza total.

Este gozo no está inherente al funcionamiento parcial y concreto de las facultades, sino al hecho fundante y genérico de ser. Ya nos hemos referido a él abundantemente en este estudio. Nos queda abordarlo en nuevo círculo concéntrico para que sea capaz de iluminar, desde su posición nuclear, la naturaleza humana, concepto clave para entender la de la convivencia social y las entidades morales a que ésta da lugar.